jantes, no digó al interes de la patria, sino á su propia diversion y sensualidad. Y si no, hablen aquellos viveros en que la bárbara glotoneria de los poderosos ahogaba los esclavos para que los peces con este pasto criasen carne mas delicada. Hable aquella isla del Tiber, adonde la crueldad de los amos enviaba los esclavos dolientes, ó viejos, á perecer con el suplicio del hambre. Hablen tambien los restos de aquellos soberbios anfiteatros, en que estan gravados los fastos de la barbarie; en que la nacion mas culta del orbe inmolaba millares de gladiadores al placer de un espectáculo, adonde concurrian curiosas las mugeres: y allí este sexo delicado y dulce, que criado en el lujo y el regalo, no debiera respirar sino ternura, sutilizaba la inhumanidad, hasta pretender de los atletas heridos que, al tiempo de espirar, cayesen en una gallarda postura.

§. III.

ESTILO MEDIO Ó TEMPLADO.

Nobleza, amenidad y elegancia son calidades principales de este género de estilo, el cual como guarda cierto medio entre el sublime, y el sencillo, tiene menos vehemencia y calor que el primero, y mas abundancia y esplendor que el segundo: y por esto admite todos los adornos del arte, y todos los primores del buen gusto.

En este género medio, que es propiamente un estilo adornado y florido, puede la elocuencia ostentar su pompa y magestad. Llamanse adornos en el sentido retórico aquellas locuciones y modos figurados, que al paso que dan cierta gracia á la oracion, la hacen mas insinuante y persuasiva.

El orador no habla solo para hacerse entender; porque para esto le bastaria decir las cosas con llaneza y claridad; habla tambien para mover, convencer, y deleitar. Este deleite no puede entrar en el corazon, y despues en el entendimiento, sin pasar primero por la imaginacion de los oyentes, á la cual es necesario hablar en su idioma. Por eso dice Quintiliano, que el placer ayuda á persuadir, porque el oyente está dispuesto á creer verdadero todo aquello que encuentra agradable.

No basta, pues, que un discurso sea claro, inteligible, lleno de razones y sólidos pensamientos; es menester algunas veces, segun la materia y sus circunstancias, que reluzca con cierta gracia, hermosura y esplendor, que son su ornamento. En esta habilidad se distingue el escritor facundo del escritor elocuente. El primero, quiero decir, el que se esplica con claridad, facilidad, y gracia, dejará tibios y tranquilos á sus oyentes; mas el segundo les escitará sentimientos de ternura y admiracion, los cuales mira Ciceron como efecto de la oracion enriquecida de lo mas brillante de la elocuencia, ya sea en las sentencias, ya sea en la espresion. Este género se ha de tratar con lenguage ilustre, sonoro, y de cuidadoso y artificial adorno.

En este estilo medio entra aquel género de elocuencia que podemos llamar de aparato, cuyo fin principal es el deleite de los oyentes ó lectores, como son los discursos académicos, los razonamientos públicos, los panegíricos, las oraciones gratulatorias, dedicatorias, y otras com-

posiciones semejantes, en que es permitida toda la gala del bien decir.

Sin embargo, aun en este género de composiciones deben usarse los adornos con gusto, discrecion y sobriedad, y á lo menos variarlos y modificarlos sabiamente. Y si esto es necesario en los asuntos de mero aparato y ceremonia, ¡cuánto mas lo será en los discursos que tengan por argumento objetos grandes é importantes! Cuando se trate por egemplo, del honor, de reposo, de la hacienda, ó de la vida de los ciudadanos, de la salud de la república, y de la salvacion de las almas, ¿será lícito al orador ó escritor ocuparse de su propia estimacion, solo por lucir su ingenio y su cultura? No quiero decir con esto, que en los asuntos de esta gravedad se destierren de todo punto las gracias y galas del estilo; sino que los adornos sean mas serios, mas modestos y sólidos, porque la compostura en el orador, ha de ser siempre noble, grave, y varonil.

Alguna vez el orador en las sentencias morales y filosóficas, suele subir en carro magnífico y dorado huyendo del estilo llano, como quien huye de andar á pié. Y, como se dice en el diálogo de los horadores: «¿por ventura son menos fuertes »los templos de estos dias porque no están cons»truidos de piedras toscas y feas tejas, sino de »lustroso mármol y resplandeciente oro? Así, no »son menos persuasivas nuestras oraciones, por»que llegan con elocuencia hermosa y adornada á »los oidos de los jueces.» Esta hermosura y ornato nacen de las palabras escogidas y dispuestas con buen juicio, templando la gravedad con la dulzura, que raras veces se halla en un mismo escritor, porque en muchos la grandeza asciende

á soberbia, y la dulzura cae en humildad. Y así el que junte con tal temperamento estas dos virtudes, hará en el estilo una armonía de ajustada proporcion.

Así como debe evitar el orador público aquella trágica y entonada manera de hablar y razonar conveniente á representantes, así tambien debe huir y guardarse de usar de razones bajas, viles y apocadas; porque las entonadas é hinchadas no son para persuadir al público y las secas y abatidas no mueven ni tienen eficacia. Y del mismo modo que el cuerpo, no solamente conviene que esté sano, mas tambien ágil y robusto; igualmente los razonamientos no han de estar enfermos y débiles, sino que tengan fuerza y vigor. Así que en todas las cosas tener el medio es de mucha arte y concierto.

Tratando de la virtud de la seguridad, que pacifica y confirma el ánimo contra los demasiados cuidados y sobresaltos que suele levantar el temor, añade el P. Nieremberg: *Ninguna seguridad llega á la escelencia de aquella quietud, semejante á la que tuvieron en la cárcel Sócrates y Agis. A esta suele acompañar otra de mas quilates, y segura de mayores peligros, cuando desenzarzado el hombre de sus deseos que rasgan su corazon, y lastiman cruelmente y tiranizan su ánimo, se pone en campo raso, sin codicia ni temor.*

De las varias formas con que se ostenta el estilo medio, ya blandas, ya graves, sin decaer de la nobleza que le corresponde, podremos trasladar aquí dos egemplos, y sea el primero del P. Yepes, quien, hablando del amor que Dios mostró á Santa Teresa en el trato familiar y espiri-

tual, así se esplica: *Del amor tierno y regalado que es la aficion y ternura de entrañas, el trato afable y dulce con que á los suyos Dios se comunica, solo pueden ser testigos las almas que con la esperiencia lo gustan, que son las que con la pureza de la vida, alteza de la contemplacion, y finezas de amor han llegado a decirse y ser esposas regaladas suyas.* Y Fr. Luis de Leon nos presta una admirable muestra del estilo medio para llevar con paso seguido y grave el curso de una narracion, cuando en los nombres de Cristo, dice: *Los Medos y Persas menearon tambien las armas muy valerosamente, y enseñorearon la tierra; y floreció entre ellos el esclarecido Ciro, y el potentísimo Jerjes. Las victorias sobraron á los griegos, y el no vencido Alejandro, con la espada en la mano, y como un rayo, en brevísimo espacio corrió todo el mundo, dejandole no menos espantado que vencido. Y los romanos, que le sucedieron en el imperio, y en la gloria de las armas venciendolo todo, crecieron hasta hacer que la tierra y su señorio tuviesen un mismo término. Notorios son los capitanes guerreros y victoriosos que florecieron entre ellos; los Escipiones, los Marcelos, los Marios, los Pompeyos, y los Césares, á cuyo valor, esfuerzo y felicidad fué muy pequeña la redondez de la tierra.*

Escribiendo el P. Ortiz á una persona que le pedia consejos espirituales por el alto concepto que tenia de su virtud, le dice, que él es quien mas los necesita con esta humilde modestia: *En verdad me veo por tantas partes necesitado, que para levantarme de mis miserias, tendré por crecida misericordia del señor, si cercando yo el cielo y la tierra para multiplicar intercesores, se dignase su clemencia no desecharme de su cara, porque, como niño en la virtud, he menester ser traido en brazos agenos: y plugiera á Dios que pudiese decir que soy niño y que hubiese empezado á tener algun ser ante sus ojos.*

Al estilo medio se ajusta bien la gravedad de las palabras, y el peso de las sentencias mas eficaces por menos compuestas, como en este egemplo del P. Marquez, en que refiere como no es remedio para la humanidad la muerte de los que la tiranizan: *¿De que sirvió* (dice) *la muerte de Neron al pueblo romano, sino de dar entrada á Oton, y á Vitelio, iguales pestes de la república? Lloró con entrambos ojos el reino de Francia la de dos príncipes suyos, dos Henricos, muertos á hierro; casos verdaderamente atroces, é inhumanidad no oida entre cristianos, contra quien siempre se armarán las plumas de nuestros historiadores, cuando aun las de Roma tiñen de lágrimas el papel por haber visto cuatro en veinte y ocho años, con haber sido el primero Neron, y el postrero Domiciano, causas tan poderosas de consuelo.*

ADICION.

Estilo sentencioso.—Al género medio se adapta bellamente el estilo sentencioso, que pide paso grave y sosegado, sin levantarse á remontada diccion, ni á ufanía de galas y colores, ni á vehemencia de afectos; templado todo con el peso de las razones y de la doctrina que encierran los conceptos esparcidos en su lugar oportuno.

En testimonio de que no se arrojaron á mayores peligros los gentiles que los cristianos en las

guerras, y que no son opuestas al valor la humildad y mansedumbre evangélicas, añade Don Diego de Saavedra: *Poco hace de su parte el que se deja llevar de la ira y de la soberbia. La mansedumbre es accion heróica que se opone á la pasion; y no es ménos duro campo de batalla donde pasan estas contiendas. El que inclinó por humildad la rodilla, sabrá en la ocasion despreciar el peligro, y ofrecer su cerviz al cuchillo.*

Escribiendo Antonio Perez al Conde de Monmorency, Condestable de Francia, gran favorecedor suyo, le dice: *Suplico á V. E. atienda su salud por el bien público y particular; que los hombres no la pueden dar, aunque la pueden quitar con disfavores: jurisdiccion que tienen en ánimos pequeños, porque los grandes estómagos digieren veneno como vianda ordinaria.* En sus avisos Morales, para recomendar los bienes de la templanza y sobriedad, dice el P. Nieremberg: *A la vida del cuerpo ayuda la abstinencia espléndida y largamente, pues la alarga; y en cuanto sufren los estrechos términos de la mortalidad, la templanza es árbol de la vida, porque la muerte de muchas maneras es hija de la gala.*

El estilo sentencioso se acomoda tambien á las narraciones históricas, cuando el autor, huyendo de la desnuda y árida relacion de un gazetero, quiere vestir los hechos con reflexiones morales ó políticas que arroja la importancia y calidad de ellos mismos. Este género de escribir, presupuesta la verdad de los sucesos, enseña y deleita al mismo tiempo, porque siempre es agradable la doctrina indirecta para el advertimiento ó el desengaño. De la derrota que padecieron las tropas de Felipe IV. en 1641 en la malograda

empresa del Castillo de Monjuic, durante el asedio de Barcelona, escribe Don Francisco Manuel testigo de vista, en su Historia de la guerra de Cataluña, una completa relacion, de la cual solo trasladamos este trozo: *No negarémos, que entre la multitud de los que vergonzosamente se retiraron, halláronse muchos hombres de valor inútil y desdichado; algunos que murieron con gallardía por la reputacion de sus armas; y otros que lo desearon por no perderla. Singular dicha y virtud han menester los hombres para salir con honra de los casos donde todos la pierden, porque el suceso comun ahoga los famosos hechos de un particular, y todavía esta razon no desobliga á los honrados, bien que los aflige.... A Fajardo sacaron mas que ordinarias heridas, con otros muchos oficiales y caballeros dignos de gloria, si esta pudo adquirirse en tan siniestro dia para su nacion. Las banderas de Castilla, poco ántes desplegadas al viento en señal de su victoria, andaban caidas y holladas de los pies de sus enemigos, donde muchos, ni para trofeos y adornos del triunfo las alzaban: á tanta desestimacion vieron reducirse. Las armas perdidas por toda la campaña eran ya en tanto número, que pudieran servir mejor entonces de defensa que en las manos de sus dueños, por la dificultad que causaban al camino. Solo la muerte y la venganza, lisongeada en la tragedia española, parece se deleitaban en aquella horrible representacion. Casi á este tiempo llegó nueva al Conde de Torrecusa de la muerte de su hijo, y los suyos. Recibióla con impaciencia, y arrojando la insignia militar, forcejaba por rasgar sus ropas: desigual demostracion de lo que se creia de su*

espíritu. Desde aquel punto no quiso oir mas, ni mandar; y no era entonces la mayor falta de quien mandase, porque en todo aquel dia fué mas dificultoso hallar quien obedeciese.

Es muy difícil de sostenerse este estilo en una larga composicion sin cansar al lector, si no se interpola diestramente con agradable variedad, usando de las reflexiones con discrecion y economía, para no caer el escritor en la afectacion de maestro pródigo de sus propias opiniones y discursos, pretendiendo lucir el caudal de su profunda penetracion. Hasta en lo mas perfecto es reprensible el abuso; y así solo la templanza puede corregir las demasías de nuestra vanidad.

Cuando en las obras destinadas á darnos documentos de virtud y sabiduría, se refieren hechos históricos, para sacar de ellos la doctrina; es no pequeña habilidad del autor el saberlos ilustrar con el esplendor de sentencias no forzadas, ni oscuras, que hagan, sin pretenderlo, oficio de lecciones. Sea egemplo en este género una nobilísima y filosófica leccion del P. Marquez, hablando de la tiranía é insolencia de Adonisedech en su prosperidad, y de su miedo y cobardía cuando vió venir contra sí á Judas, capitan del Pueblo de Dios, en cuyas manos quedó prisionero: *Es muy dificultoso* (prosigue) *tener moderacion en la prosperidad; que los hombres enseñados á desigual fortuna suelen entregarse sin fiador en lo dulce del imperio, olvidados totalmente de lo que fueron, y de lo que serán. Y la grandeza y serenidad de ánimo, que tanto se desea en el que ha de gobernar, menos se hallará en el hombre bajo, que siendo mas exorbitante en el mando, será mas vil en la adversidad.*

Las sentencias y moralidades dicen bien á la severidad de la filosofía, no menos que á la gravedad de la historia; autorizan las máximas de aquella, é ilustran los egemplos de esta. No hablan al corazon porque tampoco nacen de él; nada dicen á los ojos porque en ellas no tiene parte la imaginacion; son hijas del entendimiento, al cual han de persuadir, y criadas con la esperiencia del hombre mirado por todos sus aspectos morales, políticos y civiles: y por esto piden gran caudal de meditacion y sabiduría, y vienen á ser el fruto de la edad madura. No diremos por esto que no admitan cierto adorno, pulidez, y cultura para suavizar la desnudez y aspereza de su doctrina, ni que estén reñidas en su composicion la concision y la elegancia, como lo hemos visto en la mayor parte de los egemplos trasladados mas arriba.

Como la estructura de la sentencia se forma de frases sucintas, y estas comunmente sacan su mérito de un cierto contraste para que resalte mas el concepto, y sea mas agradable su aplicacion; se suele caer en un estilo uniforme y simétrico que trunca el curso y enlazamiento de los períodos, y hace cansada su lectura. En este inconveniente caen aquellos escritores que, no conociendo los límites señalados por el buen gusto y recto juicio, se dejan llevar del deseo de parecer sabios y profundos, empedrando de sentencias el razonamiento mas simple y mas comun. Y como, por otra parte, este mismo abuso descubre una grande afectacion; la prodigalidad con que las derrama, no le dejará discernir muchas veces lo natural de lo violento, lo verdadero de lo falso, lo sólido de lo sutil, y la agraciada discrecion de los juegos de vocablos.

La manera mas discreta y agradable de hacer el estilo sentencioso, sin taracearle con sentencias, y de enseñar sin dogmatizar, consiste en saberlas refundir ó incorporar en el molde del período, haciendo desaparecer su forma y estructura particular, como de piezas sobrepuestas, sin que pierdan su espíritu y sentido, y contrayendo lo general y especulativo de su doctrina á los egemplos prácticos de personas ú hechos particulares. Por este medio la elocuencia campéa sin el sobrecejo de tanta filosofía, y el estilo corre fluido y grave al mismo tiempo, como se verá en los egemplos siguientes.

En elogio de un sabio profesor de jurisprudencia dice un elocuente escritor: *Nuestro doctor obtuvo una cátedra de jurisprudencia, cuyo cargo desempeñó como hombre que no la habia solicitado.* En esta oracion está refundida esta sentencia. *Porque los que solicitan los empleos suelen ser los menos idóneos.* Pero de esta espresion vaga y general solo sacó el autor el pensamiento. —De cierto gran Señor dice tambien el mismo; *Fué muy poderoso para no ser adulado, y aborrecido.* No habia querido decir en su forma natural esta máxima: *El demasiado poder engendra adulacion y odio.*

Hablando un orador en elogio de un sabio, añade: *Debió á la fortuna un nuevo favor para ser hombre grande, habiendo nacido pobre.* En esta oracion esta embebida esta seca y sencilla sentencia: *La pobreza hace grandes á muchos hombres.* —Dice otro orador en elogio de un alto Magistrado, cuando refiere su vida pública y privada: *Aceptó los honores como ciudadano, los mantuvo como sabio, y los dejó como héroe.* En

estas tres frases estan refundidas estas tres máximas: *El ciudadano debe servir á la patria: el sabio no se desvanece con las condecoraciones; y el héroe huye de ellas.* —Hablando del gran Ministro Sully cuando se retiró de la Corte en medio de los desórdenes del reino, añade otro: *Y no pudiendo impedir mas tiempo los males, no le quedaba otra gloria que la de no ser su cómplice.* Este mismo pensamiento puesto en la forma de una sentencia ó aviso directo, diria así: *El que no puede impedir los males, no los consiente.*

PARTE TERCERA.

DE LA EXORNACION ORATORIA.

Llaman exornacion los retóricos aquella compostura formada de los colores de los tropos y lumbres de las figuras, que ilustran y enriquecen la oracion. Pero estos ornatos se han de usar donde los pidan el lugar y la materia, y han de parecer nacidos para dar colorido y luz al lugar donde se aplican. Las traslaciones y figuras han de estar colocadas de suerte que por ellas no se pierda la inteligencia del discurso, ni tampoco por demasiado esquisitas aféen la pureza y hermosura de la elocucion. Así, diráse con mucha verdad que cuando el orador piensa mas en los atavíos que en las cosas, prefiere su propio aplauso á la bondad, importancia y grandeza de su causa, que es lo que interesa á los oyentes, y ha de captar su benevolencia. Muy lejos de ganarles el ánimo con este estudio y presuncion ¿cómo podrá persuadir á los otros el que se acuerda tanto de sí